

UNA EXCURSION REPUBLICANA

¡Que no se asuste nadie! Lejos de mí cualquier intención de iniciar o avivar ninguna polémica. Al contrario, quien contempla nuestras queridas montañas pirenaicas, sobre todo desde lo alto de cualquiera de sus cimas, solo puede percibir sensaciones de paz, quietud y ganas de abrazar a los habitantes de uno y otro lado de la frontera. De hecho, yo no ví ese día donde estaba dibujada la línea fronteriza, aunque sabemos que la hay.

Allá arriba se divisan los picos y los valles igual de hermosos a un lado y a otro, y los colores no vienen agrupados en listas horizontales o en franjas verticales. A mí ese día, claro y luminoso, los colores me parecieron de una infinita variedad: el azul del cielo, el verde de los valles, otros azules y otros verdes de las aguas de los arroyos y de los ibones, el blanco hueso de los glaciares o el blanco nuclear de la nieve reciente, el gris de los paredones de piedra, el marrón de los tejados de las cabañas, el pardo de los campos. En fin, más que nunca me pareció ese día, por lo que contaré, que las fronteras son un maldito invento de los hombres, de esos hombres que nunca han subido de verdad a una montaña, que nunca han mirado con sencillez estas maravillas que a los demás nos resultan evidentes.

Viene todo esto a cuento porque en nuestra excursión del 25 de octubre a los picos de Puerto Viejo y Barrosa, nos topamos en el collado del primero con un acto en el que una veintena de personas se habían reunido para volver a colocar una placa conmemorativa del paso por el collado hacia Francia, en 1.938, de los republicanos que huían de la Bolsa de Bielsa. La placa, con la leyenda que se ve en las fotografías, había sido arrancada unos meses atrás y se trataba de volver a colocarla como recordatorio de aquella desgraciada travesía.

Pero, comencemos por el principio: Quedada a las 21 horas del viernes con los Cholz-Castejón en su casa-refugio de la central eléctrica en las proximidades de Lafortunada. Como llegábamos con el tiempo justo, lo que no nos permitía dejar los equipajes antes de cenar, nos mensajamos con los dueños, quienes nos remitieron directamente al Mesón que se encuentra unos cientos de metros más adelante. Buena idea pues nada más llegar, a las órdenes de la guía cervecera Eva, comenzaron a servirnos una cerveza estupenda, cuyo nombre no recuerdo pero es de la zona (más o menos). Creo que hasta Domingo la probó. Después, buena cena a la que se unieron los últimos rezagados, y al refugio.

¿Refugio? Encantadora casa en dos apartamentos, en cada uno de los cuales nos sorprendió el fuego de sendas chimeneas para sentirnos como en casa. ¡Mejor que en casa! Unas copas, a elegir, y a la cama con edredón. ¡Así no hay quien vaya al monte!

Día siguiente, sábado: Diana (llamada a despertar, no otra cosa), aseo y...un bufé de campeonato preparado por la maestra cocinera Eva, secundada por Javier. ¡Así no hay quien vaya al monte! No lo creeréis: Domingo propuso enlazar el desayuno con el almuerzo y el vermú. El monte...quizás después, un paseo. En fin, con pereza y con retraso subimos a la boca de entrada del túnel Bielsa-Aragnouet donde dejamos el coche para comenzar la marcha. El otro coche lo habíamos dejado un par de kilómetros antes, a mano izquierda subiendo, en la salida de un camino al que iríamos a parar desde el valle de Barrosa, pues se trata de una travesía circular.

El camino comienza unos pocos metros a la derecha de la entrada del túnel (1.700 metros de altitud) y sin ser demasiado pendiente va ganando altura con cierta rapidez. Cuando se acaba el bosque (a unos 2.000 metros) se abre un amplio valle de hermosos prados, ya agostados en esa época. Inmediatamente a todos nos sugirió un magnífico lugar para ir con raquetas y esquís de travesía en cuanto hubiera nieve. Habrá que programarlo.

Al fondo, el collado de Puerto Viejo (2.300 metros). Al ir acercándonos al collado divisábamos un grupo de gente sobre el mismo, y ya más cerca los veíamos moviéndose al pie de una bandera tricolor, roja, amarilla y morada. Los que así se afanaban a su alrededor estaban colocando una placa en la que se leía lo que se ve en las fotos. Evocaba los días de la primavera de 1.938 en la que los republicanos atrapados en la Bolsa de Bielsa organizaron la salida a Francia de unos 4.000 civiles del pueblo hacia Francia a través del collado en el que nos encontrábamos.

Tras alguna charla con los allí reunidos continuamos por la amplia arista de la izquierda en dirección al Pico de Puerto Viejo (2.721 metros) por una senda bien empinada. Nos habíamos dejado en el collado a uno de los excursionistas por problemas en un denominado músculo poplíteo (¡A quien se le ocurre! ¿Qué demonios querrá decir poplíteo? Y, ¿por qué da problemas?).

La vista desde este pico es maravillosa pero estaba también prevista la ascensión al pico Barrosa (2.742 metros), si íbamos bien de tiempo. Para acceder al mismo se trata de bajar un poco hasta el collado que separa ambos picos y subir al segundo. Total aproximado de la maniobra, unos 40 minutos ida y vuelta, pero no puede haber ninguna duda: es imprescindible subir a Barrosa. Si la vista desde el primero es magnífica, desde el segundo es espectacular: Frente a nosotros, en las narices, Robiñera, La Munia; hacia Francia Troumousse, lagos de Barroude...; y a nuestra izquierda, a lo lejos, Posets, Aneto,...Todo, se veía todo. Total, más de veinte minutos de contemplación girando como peonzas. Se nos pasaron en un suspiro pero había que bajar.

Nueva vuelta hacia el collado de separación y por una tierra volcánica, blandita, al collado de Barrosa que da vista al valle del mismo nombre, amplio, verde, precioso, y laaargooo. Hay que tener en cuenta que se suben unos 1.000 metros de desnivel desde el túnel hasta el Pico de Puerto Viejo y luego, desde el de Barrosa, se bajan unos 1.300 metros, hasta donde habíamos dejado el primer coche, aproximadamente a 1.400 metros de altitud. Pero el camino está muy bien trazado y se baja cómodamente. Tras pasar por el refugio de Barrosa, una cabaña amplia, seguimos bajando el curso del río, por prados, entre árboles, hasta llegar a una pista ancha que pasa por antiguas instalaciones mineras y nos deja ya en el coche. Total: 7'30 horas, paradas incluidas. Lo del almuerzo y el vermú no hubiera estado mal pero, francamente, la cosa no tiene color. Hay que repetirlo.

Para finalizar, ya con Miguel Angel (el del poplíteo) y con Eva (la de la cerveza, la casa de la Central, el desayuno), pequeñas compras por Escalona, huevos fritos, y a casa.

Y un recuerdo..., para no tener que recordar: El paso fronterizo, donde no debería haber fronteras, ni banderas. Lo decía un amigo mío: lo que para unos es trapo, para otros es bandera.

Con todos mis respetos hacia los que ven trapos y hacia los que ven banderas, siempre que unos y otros no traten de convencer a los demás para hacer ver solo lo que ellos ven.

Nacho.

Noviembre de 2014